

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

21 / 2018

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

MacMillan, Margaret, *Las personas de la historia. Sobre la
persuasión y el arte del liderazgo*, México, Turner, 2017

(Ignacio Olábarri Gortázar)

pp. 788-792 [1-5]



Universidad
de Navarra

MacMillan, Margaret, *Las personas de la historia. Sobre la persuasión y el arte del liderazgo*, México, Turner, 2017, 294p. ISBN: 978-607-7711-15-5. 21€ 11,39€(ebook).

I: La persuasión y el arte del liderazgo. II. La arrogancia. III. La curiosidad. IV. Observadores. Una nota sobre la terminología. Una nota sobre las lecturas. Bibliografía y sugerencias de lectura. Agradecimientos.

El presente libro es la traducción española, realizada por María Sierra, de *History's People: Personalities and the Past* (Toronto, House of Anansi Press 2015) y tiene su origen en unas charlas dadas radiofónicamente e impartidas antes a los alumnos de las universidades canadienses de Ryerson y Toronto y la británica de Oxford. Se podría definir como un libro de historia, en particular de historia contemporánea, de alta divulgación: el libro no tiene notas. La traducción es perfectible.

La autora comienza con unas consideraciones generales sobre la historia de poco interés; por ello, es curioso que afirme que «incluso, dentro de una tendencia que cada vez encuentro más tediosa, los historiadores se miran más a sí mismos, a cómo “crearon” ellos el pasado» (p. 11), cuando ella está haciendo eso mismo precisamente en esos párrafos iniciales.

Pero MacMillan pronto subraya la importancia de los individuos, de las personas en la historia. Este es un rasgo común a todo el libro.

En el primer capítulo, después de referirse al liderazgo «carismático» definido por Max Weber, lo ejemplifica con cuatro casos, tres de ellos muy conocidos: Napoleón Bonaparte, Bismarck y Franklin Delano Roosevelt. El cuarto es el del primer ministro canadiense William Lyon Mackenzie King, que gobernó el país durante los años veinte a cuarenta del siglo pasado.

De los tres últimos afirma al final: «Bismarck era un júnker prusiano con muchos de los valores y actitudes propios de su clase y de su época. Mientras que King y FDR fueron ambos el producto de unos mundos liberales y democráticos, el primero provenía de la clase media en un lugar que formaba parte del imperio británico, y el segundo de las clases altas de uno de los países más poderosos del planeta. Y sin embargo, a pesar de todas sus disparidades, estos tres hombres tuvieron de su parte el tiempo y las circunstancias, y los tres estuvieron dispuestos a aprovechar la oportunidad cuando se les brindó, y compartían además la característica clave que los convertía en unos líderes tan eficaces: perseguían grandes objetivos, y poseían el talento, las habilidades y la fuerza de voluntad necesarios para no rendirse y para arrastrar con ellos a su país. Esto no significa que no cometieran errores. Los tres los cometieron, pero fueron capaces de aprender la lección y, lo que es más importante, supieron cuándo había que

RECENSIONES

transigir. Y consiguieron así, casi siempre, evitar la trampa en la que caen con tanta facilidad muchos líderes poderosos: la de pensar que ellos siempre tienen razón» (pp. 68-69).

Trata después la actual directora del St. Antony's College de Oxford de las personas arrogantes, movidas por la ambición, al mismo tiempo que ilustra su importancia planteando unas cuantas preguntas contrafactuales: por ejemplo, ¿qué hubiera sucedido si algunos personajes, digamos Churchill, o Stalin, o Hitler, no hubieran nacido o hubieran muerto antes de ser capaces de cambiar nada? Ilustran este capítulo otras cuatro biografías: las de Margaret Thatcher y Woodrow Wilson, quienes, como gobernaban en países libres, fueron apeados de su puesto cuando la opinión pública dejó de estar dispuesta a apoyar sus ambiciones; y las de Hitler y Stalin, que murieron en el cargo porque no había límites a su poder personal.

«Los cuatro líderes de los que he hablado aquí —concluye la autora— vivieron en una época que les brindó grandes oportunidades, y los cuatro mostraron la energía interior y el convencimiento que les permitió aprovecharlas. Sus éxitos cimentaron su autoestima hasta volverla inamovible, y a partir de ese punto se lanzaron hacia adelante sin flaquear. Los griegos creían que la *hybris* solía encontrar su castigo con un vuelco dramático de la suerte. Wilson y Thatcher pagaron su deuda con la humillación de una derrota política. Hitler se suicidó cuando fue evidente que sus sueños de dominar el mundo habían quedado en nada. Stalin fue el único que no pagó el precio de la *hybris* mientras vivió. Pero sí hay una vida en el más allá, quizá haya visto el final de todo lo que quiso construir con el derrumbe mundial del comunismo, el final de la Unión Soviética y el desmantelamiento de su imperio en la Europa oriental» (p. 124).

El tercer capítulo lo dedica la historiadora canadiense a las personas osadas: entre ellas cita a los primeros (y primeras) que montaron en globo, al Winston Churchill de mayo de 1940, a los inventores y científicos, a los primeros aventureros marinos europeos y a los exploradores que les siguieron. Un caso típico es el del alpinista más destacado de la generación de preguerra, George Mallory, a quien una vez le preguntaron por qué quería subir al Everest —donde murió— y contestó: «Porque está ahí». Pero la autora presenta con más detenimiento las figuras de Richard Nixon, del político, periodista y hombre de negocios canadiense Max Aitken (Lord Beaverbrook), y del explorador y colonizador de la nueva Francia Samuel de Champlain.

«Como sabemos —así concluye el capítulo—, a veces el que se arriesga gana, pero esa no es ni mucho menos la única motivación de quienes corren riesgos. La curiosidad, la ambición o la determinación llevan a ciertas personas a arriesgarse incluso cuando las posibilidades están abrumadoramente en su contra. También ayuda el tener muy poco en cuenta las convenciones o el punto de vista de los demás. Por encima de todo, las personas osadas están dispuestas a aceptar los sacrificios, e incluso el fracaso, mientras que otros preferimos que-

darnos cómodamente en nuestras casas (...) Y sin embargo, ¿dónde estaríamos de no ser por esas personas que se arriesgan en la ciencia, en la política o en los negocios? Sea la simple curiosidad, el deseo de aventura, la codicia o la ambición lo que los mueve, son ellos los hombres y las mujeres que hacen que el mundo siga adelante» (p. 176).

El siguiente capítulo, dedicado a la curiosidad, está abrumadoramente habitado por mujeres, «no —escribe MacMillan— porque sean más curiosas por naturaleza, sino porque muy a menudo se han topado con grandes dificultades para seguir un camino propio» (pp. 178-179). Tras dedicar unas consideraciones a la historia de las mujeres, y citar a algunas de las más conocidas, nos presenta algunas viajeras: Elizabeth Simcoe (Canadá, siglo XVIII), Emily Metcalfe y Fanny Parkes (la India, siglo XIX), Ursula Graham Bower (la India y Birmania, siglo XX) y grandes aventureras como la «reina del desierto» Gertrude Bell, Dervla Murphy, Dorothy Carrington, Freya Stark o Edith Durham.

«Si la historia es una casa, se trata de una casa en la que se tienen bien a la vista, colocados en las paredes, los retratos de algunos antepasados, mientras que otros quedan relegados a los trasteros y las buhardillas llenas de polvo. Hoy recordamos a Gertrude Bell porque contribuyó a dar forma a Irak y al oriente próximo de nuestros días, aunque ahora ese legado se esté haciendo añicos. Edith Durham tuvo un papel menor en la emergencia de la Albania independiente en 1912, y con eso se ha ganado su humilde lugar en la historia reciente de los Balcanes. La curiosidad, la osadía, el deseo de explorar unos mundos extraños, son cualidades admirables que sin embargo no garantizan por sí mismas la fama a largo plazo. Elizabeth Simcoe estaba casi completamente olvidada en Canadá hasta que en la década de 1960 se volvió a descubrir y publicar su diario; la sociedad canadiense no había conservado su recuerdo. La autobiografía de Fanny Parkes, que se editó en 1850, estuvo descatalogada hasta la década de 1970, y no la conocía sino un grupito de gente, como yo misma, que estudiaba la historia de los británicos en la India. Y, sin embargo, lo que todas ellas hicieron, quedara para la posteridad o no, fue dar testimonio de sí mismas y de los mundos en los que se movieron. Nos llaman la atención desde el pasado y tratan de recordarnos que fueron seres humanos iguales que nosotros, y gracias al legado de sus escritos nos permiten escribir historia» (pp. 216-217).

El último capítulo de su libro lo dedica MacMillan a los «observadores», a aquellos que rescatan las fuentes que nos sirven para escribir sobre el pasado, en particular para conocer «el sentimiento y la textura del pasado, y la descripción y las historias de su gente: lo que la historiadora estadounidense Barbara Tuchman llamó en cierta ocasión «el detalle corroborativo», el que nos fija un momento o a una persona» (p. 223).

Así, el funcionario inglés Samuel Pepys, que empezó a escribir su diario en 1660, nos habla con todo detalle de sí mismo y de su tiempo. El duque de Saint-Simon recogió pormenorizadamente los chismorreos de la corte de Luis

RECENSIONES

XIV. En otra línea están las memorias y diarios que sirven de correctivo de los estereotipos que todos nos creamos, aunque no nos demos cuenta. En este sentido son importantes las memorias de la princesa bizantina Anna Comnena o los riquísimos diarios del primer emperador mogol de la India, Babur. La autora cita también por extenso varias autobiografías de personajes canadienses como el historiador Marcel Trudel o el diplomático Charles Ritchie o las memorias con que termina de los alemanes Víctor Klemperer y el conde Harry Kessler.

«Les debemos mucha gratitud a esas personas que, como Kessler o Klemperer, llevaron un testimonio escrito. Gracias a ellos podemos ver por dentro los sucesos, malos o buenos, de épocas pasadas. Nos ayudan a entender lo que debía ser la vida en la corte de Luis XIV, o en la frontera canadiense, o en la Alemania nazi. Nos brindan unos detalles vívidos y maravillosos, esos detalles que se nos quedan y nos fijan las personalidades de otro tiempo: el tamaño del orinal de Bismarck, por ejemplo, o la dentadura picada de la princesita de Francia» (p. 273).

En las páginas finales de su obra, Margaret MacMillan se permite teorizar un poquito. «Si la historia es, como a mí me lo parece, un festín, el sabor se lo dan las personas (...). Sin los individuos de entonces, nuestro entendimiento y nuestro disfrute del pasado serían más pobres, aunque seamos conscientes de que nunca se deben pasar por alto las corrientes históricas, con sus fuerzas y trayectorias subyacentes, sean las de la tecnología, o las de las estructuras políticas, o las de los valores sociales. Si no tuviéramos en cuenta el trabajo de los historiadores para explicar el contexto (...), se vería muy limitada nuestra capacidad de apreciar los diarios, las cartas o la autobiografía de un individuo en particular. Y sin embargo, si nos faltaran esos testimonios escritos también nos faltarían medios para pintar bien la escena de entonces y hacerla disfrutable para los lectores de historia (...) Es esa interacción entre los individuos y el mundo que los rodea lo que crea la historia y le da vida para quienes la leemos desde el presente (...) Entonces, ¿la historia es sólo un pasatiempo? En mi opinión, es mucho más que eso. Si nos quitamos la historia, nos privamos de unas herramientas muy útiles para entender nuestro mundo de ahora (...) La historia puede ser peligrosa cuando se utiliza para enfrentar a unos pueblos con otros, o para justificar decisiones y acciones insensatas, destructivas o malvadas (...). Pero el mal uso de la historia no es razón para ignorarla: por el contrario, deberíamos velar porque las generaciones actuales conozcan el pasado en toda su complejidad y reciban de ese conocimiento el mensaje, simple pero crucial, de que no hay una única visión correcta de la historia. Diríamos, más bien, que la historia es un proyecto en construcción, al que se va dando forma con materiales, interpretaciones y preguntas nuevos. Entender esto puede servir de vacuna contra personajes del tipo de Hitler y Stalin, los que afirman lisa y llanamente que ellos se limitan a obedecer los dictados de la historia» (pp. 273-275).

RECENSIONES

«El estudio de los individuos de antaño también nos hace conscientes de la importancia de las contingencias y del momento (...). Sin embargo, de la historia no podemos sacar unas instrucciones claras para tomar decisiones hoy, ni un plan de acción para anticiparnos al futuro (...) La historia tiene tanto alcance y una naturaleza tan proteica que una persona puede encontrar en ella justificación o ejemplos previos para cualquier cosa que desee hacer, sea buena o mala. La historia y sus personas no nos brindan más que un humilde conocimiento y un humilde estímulo: el de que somos hasta cierto punto seres de nuestra época, pero capaces de trascender o poner en cuestión los límites. Tengo la esperanza —concluye la autora— de que esos individuos del pasado a los que he seleccionado aquí nos arrojen cierta luz a nosotros hoy sobre la complicada naturaleza de la humanidad, y sus muchas contradicciones, incoherencias, maldades y locuras, pero también sobre sus virtudes. Por encima de todo, las personas de la historia nos hacen conscientes de la enorme capacidad para el bien y el mal que todos poseemos» (pp. 275-276).

Lo que no hace Margaret MacMillan es ofrecernos sus criterios o valores para definir y distinguir el bien del mal, que es —creo— donde radica la dificultad para salir del relativismo moral en el que estamos inmersos.



Margaret MacMillan ha escrito *Peacemakers: the Peace Conference of 1919 and its Attempt to End War* (2001); *Paris 1919: Six Months That Changed the World* (2002; traducción española, 2005); *Nixon and Mao: The Week That Changed the World* (2007); *Women of the Raj: The Mothers, Wives, and Daughters of the British Empire of India* (2007); *Dangerous Games: The Uses and Abuses of History* (2008; t. e., 2010); *The Road to 1914. The War That Ended Peace* (2014; traducción española., 2014).

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra